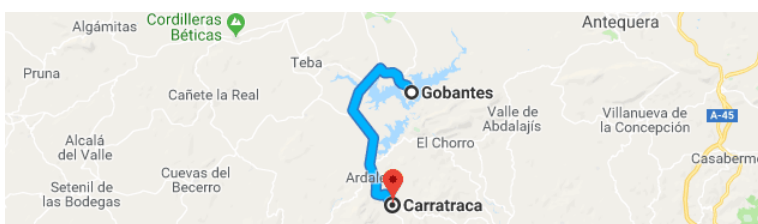


**NOTAS VERANIEGAS, DE GOBANTES A CARRATRACA**, fue el título del artículo, que escrito en esta última localidad, por el ecijano Benito Mas y Prat, apareció publicado el día **8 septiembre de 1888, en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.**

**Julio de 2019**  
**Ramón Freire Gálvez.**

Si de la lectura de algunos artículos del insigne ecijano Benito Mas y Prat, sobre determinados lugares, me queda la duda de si el conocimiento que de ellos tenía, era por haberlo visitado o por comentarios de un tercero, el que voy a reproducir, no cabe duda que lo vivió personalmente, tal como dicho autor lo refleja en el relato, maravilloso como todos, y que a continuación lo reproduzco.



ellos tenía, era por haberlo visitado o por comentarios de un tercero, el que voy a reproducir, no cabe duda que lo vivió personalmente, tal como

dicho autor lo refleja en el relato, maravilloso como todos, y que a continuación lo reproduzco.

## **NOTAS VERANIEGAS. DE GOBANTES A CARRATRACA. I.**

1

Las relaciones de los turistas que han puesto de moda la crónica del veraneo, sólo alcanzan a los centros ya conocidos de todos: Biarritz, Mondariz, San Juan de Luz, San Sebastián, Aguas Buenas, Cauterets y otros balnearios, cuya numeración sería prolija, hallan casi siempre plumas que consignan sus excelencias y lápices que se recrean en dar a la estampa sus mejores perspectivas; los balnearios humildes del interior de España son menos afortunados y pasan inadvertidos para el curioso, que encontrara sin embargo en ellos, detalles y notas dignas de curiosidad y estudio.



Entre los más célebres de este género, se encuentra el balneario de Carratraca, situado en la provincia de Málaga, a 876 metros aproximadamente de altura sobre el nivel del Mediterráneo. La fama de sus aguas sulfuro-selenhídricas-arsenicales, bicarbonatadas cálcicas, lleva a aquellas alturas, en los meses de Julio, Agosto y Septiembre, un sin número de bañistas de Málaga, Córdoba, Sevilla y Granada, y de los pueblos cercanos a la costa mediterránea; unos y otros invaden esta pequeña localidad al mismo tiempo que las golondrinas, que viven allí entre los turistas en amigables bondades.

Mi estancia en ella hace pocos días me permite dar a los lectores de *LA ILUSTRACIÓN* un cuadro de veraneo que creo les será grato, en la seguridad de que no se parecerá a ninguno de los que puedan ver en los cosmoramas estivales, tan fecundos en tipos y costumbres inusitadas.

El 5 de Agosto me embarcaba en Sevilla con billete directo a Gobantes, y al caer el sol nos encajonábamos en dos pesadas diligencias, dispuestos a cruzar los dos eternos kilómetros que del balneario nos separaban. El camino, en el que se invierten cuatro mortales horas, es de lo más accidentado que puede darse, y sólo la costumbre que de cruzarlo tienen mulas y mayorales, pueden garantizar la vida de los pasajeros. Cruzando valles y colinas bordadas de olivos y de matorrales, las clásicas diligencias astillan y se inclinan bamboleando al grito, ya casi de ultratumba, de *igenerala* y *igenerala!* que el postillón da al crujir el látigo sobre aquellas avispadas orejas. Acompañábamos



un cacique de pueblo de negra patilla y chaquetón burdo, que se quejaba amargamente del olvido en que tenía el gobierno estas vías de comunicación, y que nos aseguraba que cuando vinieran los suyos pondrían aquello como la palma dé la mano. Mientras no vengan, los suyos se entiende, Peña Rubia y Ardales sólo serán nidos de cigüeñas.

Advierto a ustedes que uno y otro pueblo están muy altos, y que los deseos del cacique no podrían cumplirse sin un general terremoto o un nuevo diluvio de Dencalión.

Uno de los encantos que tiene este viaje es el de hacernos recordar la curiosa etapa de los primeros años de nuestro siglo. Aquella descripción de la diligencia y del coche de postas que nos dejó tan al vivo la pluma de Fígaro, parece renovarse durante las cuatro horas y media de vaivenes desde Gobantes a Carratraca.

Nada falta para una completa ilusión. Las mulas tardas, que costean las pendientes haciendo resonar sus campanillas; el crujir de las llantas que rozan contra los peñascos y cantos rodados; los altos y bajos, que hacen que los viajeros choquen unos con otros como fardos de carne; las series de picachos que se escalonan a lo lejos sombreándose con las nubes, o destacando sobre el azul del cielo sus caprichosos contornos; el pueblecillo que se duerme bajo el peñón, al abrigo de los vientos traidores de Levante; los chopos y los pinos que se encaraman por las maderas, semejando acá y allá florestas y laberintos; los llanos cortados de verdura, de los que brotan por raro contraste rocas peladas que parecen torres de gigantes. He allí una agrupación de casitas blancas, que parecen garzas que juegan bajo las orejas grises y prolongadas de un colosal elefante; es Peña Rubia, *lugar de pesca*, como le llamamos los andaluces, no porque puedan cogerse barbos a 800 metros sobre el nivel del mar, sino porque en ella pernoctaban los célebres contrabandistas que hacían sus correrías por la sierra de Málaga, llevando sus cuatralbos a escape por las

alturas y los desfiladeros, burlando a los carabineros y a los migueletes de Marbella y Estepona, y escondiendo en las breñas de Alora y en las cuevas de Carratraca sus bultos de lienzos ingleses y de tabaco gibraltareño, con los que solían inundar la comarca.

También acuden a nuestra memoria, al cruzar por estos sitios, los golpes de mano de que eran víctimas nuestros abuelos. Estos montes, infestados de aquellos salteadores que compartían la fama del guapo Francisco Esteban, Diego Corrientes y los Siete Niños de Écija, daban muy malos ratos a los bañistas del tiempo de Fernando VII que se atrevían a desafiar sus iras para venir a buscar la salud a las primitivas albercas de la ya por entonces célebre Carratraca. Cuéntanse extraños y terribles lances ocurridos cerca de Alora, Peña Rubia y Ardales y en las ventas de estos caminos, a partir de los cerros próximos a Gobantes; guiados por sus apuestos capitanes, que todavía usaban botín y sombrero de catite, los malhechores de primeros de siglo eran los reyes de estos parajes.



Los bañistas solían prepararse la víspera cristianamente para estas excursiones, y habla quien se decidía a comulgar y confesar antes de emprender el viaje. Los escapularios de las Trinitarias, muy recomendados por la circunstancia de usarlos también los ladrones, se rociaban con agua bendita y se prendían al seno de los pasajeros de modo que se vieran por la chorrera y por el escote. Larga fila de parientes y servidores acompañaba a los bañistas hasta el mesón de postas, y cuando la pesada maquina se ponía en marcha y resonaba el crujido de la fusta atronadora, un mar de llantos y una nube de pañuelos completaba el cuadro fatal de la despedida.

Entre los relatos tradicionales que más auge lograron de estas excursiones al balneario que nos ocupa, se cuenta el de ciertos antepasados de los Condes de Peñafior, avecindados hasta hace poco en la vetusta ciudad de Écija, población que siempre tuvo a Carratraca por lugar milagroso y predilecto. Cuéntase que en el año de 179... y en la temporada de Agosto, los Condes prepararon su excursión anual al balneario de Carratraca, llevando criados y capataces armados de escopetas, dos grandes galeras cargadas de vituallas y ropas, y una rotonda familiar de nuevo modelo entonces para viajes largos y peligrosos. Cocineros y hombres de campo, doncellas y mozos de labor completaban la caravana, en la que iba un gran toldo en forma de tienda por si era preciso pernoctar en el camino. En traje de caza, y con atavíos propios para el caso, el Conde y la Condesa, con su hermosa hija menor, que apenas contaría quince primaveras y era ya dechado de estrellas y flores, emprendieron su caminata, siendo despedidos en las afueras de Écija por sus deudos y amigos, que les desearon feliz término de viaje con lágrimas en los ojos.

No faltó quien dijera al Conde que hacía mal en emprender la ruta a la sazón, porque se hablaba de una banda de malhechores capitaneados por Ojitos, célebre capitán, la cual había ido a merodear por los caminos de Alora, Gobantes y la Pizarra; pero el Conde y la Condesa buscaban la salud de Florentina, su hermosa niña, y no escucharon otro consejo que el de sus afanes paternos.

Tres días y horas llevaban de caminar por declives y vericuetos, cuando dieron vista a Peña Rubia y divisaron a Ardales, que es como si dijéramos el heraldo de Carratraca. Todos se alegraron con la presencia de las montañas que abrigan al balneario salvador, en cuyas aguas azuladas había de hallar el crisma de la salud la niña hermosa blanca y pálida; pero no siempre se cumplen



los augurios del corazón, y al llegar a una pequeña venta clavada en una barranquera y rodeada de altos chopos y nopales, se oyó una voz de *¡alto!* y aparecieron, como sombras que surgen de las profundidades, hasta cincuenta apuestos jinetes, montados en soberbios potros y armados de trabucos naranjeros.

El postillón que guiaba la rotonda familiar quiso cruzir el látigo, pero un tiro certero y traidor de la bocacha de uno de los jinetes le volcó del sillín que montaba, juntamente con la cabalgadura.

¡Oh Dios! ¡Me han muerto!, dijo arrastrando consigo el corcel, que se tumbó en la zanja rompiendo el sondaje y poniendo en peligro de despeñarse el pesado vehículo. ¡Me han muerto, y son los de Ojitos! ¡La Virgen mi madre os salve!

En efecto, eran los compañeros de Ojitos, que iban a detener la expedición y que se habían apostado en el desfiladero. Los criados del Conde bajaron sus escopetas, que no podían competir con aquellas armas de ancha boca manejadas por los criminales.

¡Favor al Rey!, gritó el Conde desde su rotonda, abrazando estrechamente a su esposa y a Florentina.

Pero su voz se perdió en el espacio sin levantar un eco, y fue a repercutir en las grietas del murallón de Ardales.

Entretanto, la gente de Ojitos hacían gran cuerda de los criados del Conde, y dejándolos a buen recaudo, atados a las dos galeras, volvían hacia la rotonda para sacar a los viajeros, objeto de tal jornada. Eran una presa noble, bocado de cardenal, gente rica y distinguida; el día no podía perderse; ni aun había muerto el postillón, para que el negocio dejase de tener espinas en los tribunales.

Ojitos desmontó de su cuatralbo, que estaba enjaezado a la jerezana y lleno de alamares y borlones de seda desde la atacola hasta los pretales, y mandó abrir la portezuela. Altivo y sereno, aunque ceñudo y pálido, bajó el primogénito de Peñafior, colocándose cortesanamente al lado de la portezuela para ofrecer la mano a su esposa y a su hija; el peligro que corría no era obstáculo para que olvidase las prácticas de la galantería española, que eran su segunda naturaleza.

Y bien, tomad todo mi dinero y dejadnos marchar, ya que habéis logrado cogernos la vez, dijo el Conde al bandido con gesto avinagrado; pero iyo os juro por Santiago a caballo que habéis de pagar en el palo esta mala pasada!

El capitán Ojitos, que se había quitado su sombrero de catite al ver bajar a las señoras, por unir lo cortés a lo valiente, púsose otra vez con rabia, y llevándose la mano al cinto, en el que brillaban un par de pistolas con abrazaderas de plata, sacó una de ella con diestra mano, y apuntando al Conde, contestó reposadamente: ¡Ni Ojitos



recibe limosnas, ni los insultos de un noble los paga de otro modo que con un balazo! ¡Mío es ese oro, como vuestra vida, y no hay condes ni reyes donde está el capitán de los Siete...!

Gran confusión produjo la actitud del capitán, porque se agitaron presos, bandidos, mujeres y domésticos, moviéndose y susurrando como un enjambre de abejas. Dabase por muerto al Conde, y todas las miradas anhelantes y temerosas se fijaban en el grupo compuesto del bandido, del Conde y de las dos damas, que, transidas de dolor, parecían imágenes de mártires cristianas adosadas a las ruedas del carruaje y dispuestas a sufrir el martirio más cruento.

De pronto, Florentina, la hermosa niña pálida, que con su sencilla bata de percal blanco recordaba a Santa Catalina, despegóse del costado del carruaje y de los brazos de su madre que la oprimían con fuerza, y se arrojó a las plantas del capitán de bandoleros abrazando sus rodillas y dejando caer sobre las palas de sus botines, bordados de sedas de colores, un abundoso raudal de llanto.

¡Tened compasión de nosotros, señor! ¡No matéis a mi padre!, dijo con voz trémula e insinuante alzando al rostro del bandolero sus hermosos ojos preñados de lágrimas.

Milagro patente, como decía su abuela refiriendo el pasaje; los ojos de Ojitos se llenaron también de lágrimas; por su espesa patilla negra de boca de hacha corrieron dos, gordas como el fruto de los avellanos de aquel sendero, y levantando a la niña con esmero exquisito, y arrojando al suelo el arma mortífera, exclamó con acento que hubo de conmover hasta la más honda de las fibras del corazón del Conde y de la Condesa:

*¡Señó Conde e Peñafior-, ha terminao too; tome usía su dinero, y yaya con Dios, que las lágrimas de esta maresiita mía valen para mí un tesoro!*

*¡Pero qué es eso, capitán! ¿Está usted grillao?, exclamó el segundo de Ojitos, cuya boca de tigre se torció de rabia al oír estas frases inesperadas.*

*¡Si no te callas, te mato como a un perro!, contestó Ojitos mientras enjugaba con su pañuelo el llanto de Florentina.*

Y aunque refunfuñó el bandido y los demás pusieron ceño tosco, se recogió al postillón, desataronse los presos, montaron de nuevo en la rotonda los Condes, y la caravana emprendió de nuevo su camino desapareciendo los bandidos por la quebrada.

¡De buena hemos escapado, gracias a tu hermosura y a tu llanto!, dijo la Condesa besando a Florentina en la frente.

La niña calló y asomó la cabeza por la ventanilla. Tras las quebradas de Ardales y entre los cipreses del camino se agitaba un pañuelo blanco.

## II.

Buena ocasión para filosofías, comparando la raza de los Ojitos, Diego Corrientes y demás bandidos generosos, con las de los Tropmann y Pranzini; pero a más de que el asunto no es de este lugar, solicita nuestra atención el primoroso valle de Ardales, por el que vamos cruzando.

Al abrigo de un inmenso peñón aparece este pueblo escalonado en la falda. Un riachuelo que desciende de la montaña serpeando graciosamente, se extiende por el pequeño valle, en que las huertas y los sembrados comparten el espacio limitado por una corona de riscos pelados y ondulantes. Sin número de graciosas adelfas bordan los márgenes del referido riachuelo, teniendo tal multitud de flores, que no parece sino que nos hallamos al borde del Iliso o del



Eurotas; el peñón de Ardales sería el templo de Apolo, si no fuera el de Mercurio, dios de los contrabandistas y de los ladrones. ¡Qué manchas de verdor más primorosas, qué grupo de cipreses y de álamos más característicos y pictóricos, qué rincones de verdura tendidos por las colinas y limitados por festones de rocas! La era, que siempre ama la llanura,

se acomoda en el declive, y el verde maizal está separado de ella por calles de árboles frutales; huertas salpicadas acá y acullá templan los tonos pardos, grises y azulados; el valle de Ardales es un abreviado paraíso.

Pero ¡ay! que siempre está el desencanto cerca de las bellezas naturales ofrecidas al ojo humano, y al abandonar a Ardales y lomar de nuevo los recodos y *zig-zags* que ascienden hacia Carratraca, se nos ofrece una nota,

grave sí, pero desafinada; cuando el bañista cree encontrarse cerca del Tadmor o del Eliseo, aparece rígida, severa, una pareja de la Guardia civil que se clava como la esfinge en un punto dado de lo que debía de ser carretera. Sus tricornos cubiertos de blanca tela, sus anchos correajes y sus bocamangas de paño rojo, juegan bien con las florecillas del vericuerdo, y se destacan sobre el fondo gris de las formaciones de pizarra. Al pronto os sentís sobrecogidos; la presencia del benemérito grupo supone la ausencia del bandido y del merodeador, pero supone a la vez su existencia, ¿Hay malhechores en el camino de Ardales? *Ecco il problema*. Hay quien supone que el *Bizco* y *Melgares* llegaron hasta aquí; pero la tranquilidad homérica de la pareja amansa el ánimo soliviantado. ¡Qué bien juega el apuesto grupo en la quebrada y en la ladera! La Guardia civil sólo es estética en la campiña y en la montaña; sus tricornos blancos y sus levitas azules tienen el encanto de una promesa de paz y seguridad; si no gastaran mostacho les llamaríamos ángeles de la Guarda.



Dejando atrás el valle de las adelfas, como yo llamaría al valle de Ardales, las diligencias crujen y las bestias luchan; hay que subir siempre, siempre; no parece sino que se hace un viaje a las nubes arrastrándose por la tierra. Al cabo se costea el peñón de Ardales, donde, según dicen, está el cementerio, limitado en uno de sus costados por restos de un

murallón romano, y pronto se presiente a Carratraca; ya el sol en el ocaso, y a la derecha del camino, se recortan picachos de forma extraña que parecen brujas que van al sábado, y extraños guerreros; dos de estas sombras graníticas nos siguen siempre, hasta que el sol se oculta, apareciendo y desapareciendo tras las ventanillas del carruaje.

Con el toque de animas se llega al balneario, que escondido en una cañada entre dos montañas, parece un ánade rodeado de cuervos; sin duda por esto llaman los naturales a la más alta de sus montañas *el pico del grajo*. Aquí comienza lo característico de la estación.

Las diligencias son recibidas con gran alegría por todos los habitantes del pueblo, que ven en ellas el contingente indispensable de la temporada. Entre aquellas tablas viene la carne de cañón, el bañista, que dispuesto a alcanzar la salud a toda costa, debe traer bien provisto el portamonedas. Desde que llegáis a la Central de diligencias, un enjambre de servidores de todos sexos y edades os interpela y os agobia, ofreciéndoo sus valiosos servicios. Ya que empezáis a sentir las agujetas del camino, os hincan las del favor y las del sablazo; hasta instalaros en la fonda hay que dejar un rastro de pesetas.

El establecimiento de baños se halla colocado en la calle más elevada de la población, y cerca del nacimiento del manantial. Su fachada de piedra

arenisca es sencilla, y los abre un pequeño vestíbulo en que los bañistas se citan unos a otros; allí hay asientos y sillas de hierro, en los cuales se espera el turno y se ve venir a las graciosas hijas de Andalucía que frecuentan esta estación balnearia. Cerca de esta calle esta la plaza del pueblo, en la que hay dos modestos casinos, y que es punto de reunión de los desocupados. En ella tienen lugar muy variados espectáculos; ya es una pelea de ciegos a escobazos; ya una cucaña en que se rompen la crisma los chicuelos del lugar; ya una porción de ingeniosos medios para que los Rinconetes y Cortadillos adquieran las piezas de perro chico, premio de estos trabajos; el más característico es el llamado *la pesca de la perla*, juego que consiste en colgar a la víctima por los pies de dos sogas anudadas y hacerle sostener en el suelo con los brazos, para coger con la boca la deseada moneda de cinco céntimos, que suele proporcionarle continuados porrazos.

Las diversiones que se ofrecen en estas alturas al turista son, sin embargo, originales y variadas. Enclavado en el corazón de un país monterizo, las excursiones en burro a los alrededores forman la serie más interesante, y afectan a veces formas dignas de ser relatadas.

La constitución geognóstica de estas montañas y su forma original pudieran dar motivo a delicado examen, y en esto se funda la curiosidad del turista al contemplar la soberbia mole llamada Caparain, a cuya falda se declina el pueblo, que cuenta poco más de doscientas cincuenta casas.



Es el Caparain la primera estribación de esos grandes palacios de titanes que se llaman Sierra Junquera y Sierra Bermeja, y se yergue sobre el

balneario, protegiéndole con su espalda gigantesca; esta, según cálculos que no he comprobado, a cuatro mil quinientos pies sobre el nivel del mar, y corta con su *pico de grajo* las nubes atrevidas que logran pasar sobre las otras sierras.

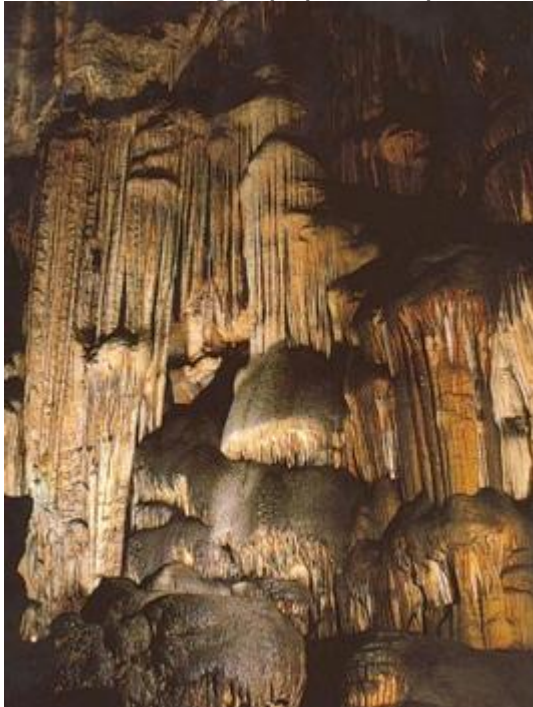
A esta montaña, a sus alegres faldas y a las sierras y lugares próximos a la de los Berios, van a buscar los bañistas carratraqueños lenitivos a la carencia de diversiones que distinguen a esta localidad, y medios de esparcir el ánimo en el seno de una poderosa Naturaleza.

No puedo resistir al deseo de reseñar una de estas excursiones, hecha por varios compañeros, al lugar titulado *Las Minas*, al cual se va saliendo del pueblo por el camino de Sevilla y atravesando la cadena de sierras y montículos que se apartan poco a poco del Caparain.



El aspecto de este camino es de lo más pintoresco. Sus cuencas y laderas ofrecen en caprichosa sucesión huertas y eriazos, y junto a la falda escueta y pizarrosa se ven amarillear los trigarrales, que parece que se nutren del feldespato. El nogal, la higuera, el almendro, la vid y el olivo surgen a cada paso a diferentes alturas, y salpican líneas ondulantes y quebradas; los vientos de Levante saturan la atmósfera con el olor del lentisco, la retama y el tomillo, y el sol poniente abrillanta los vapores sulfurosos de las cañadas.

En la plaza del pueblo, o en las puertas de las fondas más concurridas se organizan esas cabalgatas. A la que me refiero asistimos unos cuarenta bañistas de ambos sexos, todos caballeros en asnos, y cada cual provisto de una vela de esperma, que había de encenderse a la entrada de la llamada *Mina de la Candelaria*, primorosa gruta, objeto principal de la excursión, que se enclava en propiedades de la Excm. Sra. Doña Trinidad Brum de Heredia, vecina de Málaga, y que esta próximamente a dos horas de Carratraca.



Las peripecias a que dan lugar estas excursiones se dieron también en la nuestra durante el viaje. Las levantiscas o pacientes cabalgaduras, al encaramarse por los vericuetos o al sacudirse las moscas, ponían en duro aprieto a las hermosas que se acomodaban en las altas y clásicas jamugas, resultando escorzos encantadores y provocando chistes propios del caso. Un rucio enamorado dio muy malos ratos a un amigo mío, que montaba una burra de ojo de caramelo y fina oreja. La gruta llamada de la Candelaria vulgarmente, porque hay la costumbre de verla encendiendo fogatas y bengalas, es un precioso capricho de la Naturaleza, de los que

tanto abundan en los terrenos calcáreos y volcánicos, y da tres y raya a las de Ilipari y Gicotencal, por su originalidad y belleza. Socava esta gruta un gran cerro con cúpulas de pizarras arcillosas y rocas al parecer calizas, en cuya falda crecen almendros, madroñeros y aceitunos, y donde colosales higueras ostentan sus robustos brazos y sus hojas en forma de palmatoria.

Da entrada a ella una profunda rampa casi vertical, y coronan su chata y tenebrosa abertura plantas silvestres que os hacen bajar la cabeza; aquel antro que recuerda el sitio donde velaba el Cerbero, tiene también su guardián; un campesino, que, quitándose su sombrero gacho muy cortésmente, os exige, no el óbolo de Carón, sino cincuenta céntimos de peseta.

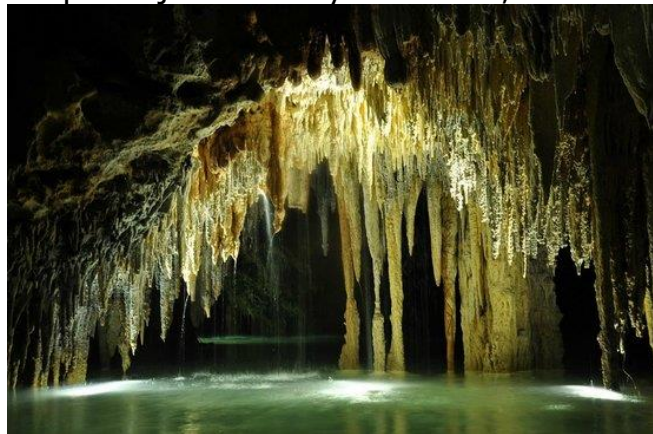
Es de lo más característico la entrada en la gruta. Los excursionistas desmontan de sus cabalgaduras y sacan sus velas, asemejándose a aquellos

cristianos que encendían sus candilejas de barro para visitar las catacumbas procesionalmente. Hay un detalle verdaderamente pictórico; de la gran higuera que cierra casi la entrada de la rampa, cada excursionista arranca una hoja, lo que lo proporciona un candelero color de esmeralda, que contrasta pictóricamente con el blanco mate de las velas de esperma. Cuando todos están provistos de este apéndice para librarse de manchas, el guía que lleva la caña donde se han de izar las bengalas en los grandes salones de la gruta, abre la marcha, y la procesión penetra en el antro lentamente; poco a poco, como si fuésemos ejércitos de luciérnagas, el rosario de luces es tragado por la tierra.

Para que la excursión tuviese más genialidad, formaban parte de ella un sacerdote y una Hermana de la Caridad; él envuelto en su negra capa, y ella ostentando la toca blanca, que se destacaba como una gran ave entre aquellas medias tinieblas; al llegar al primer salón encendióse una bengala roja, y un grito de admiración se escapó de todas las bocas, admirando el arte *inconsciente* de la Naturaleza. Estalactitas y estalagmitas combinándose de distintos modos y haciendo un trabajo ya conocido por la ciencia, habían formado allí un monumento, que en vano la fantasía del hombre pudiera sobrepujar usando escuadras y cinceles.

Maravillosos pilares coronados por hojas de loto y de acanto, como las columnatas de Grecia y de Palmira; cortinajes de gotas de agua bicarbonatada, con flecos tejidos por una labor de filtración de muchos cientos de años; airoso pabellones a la romana, fingiendo bucráneos y guirnalda simbólicas; guerreros rebozados en sus mantos de piedra, y estatuas yacentes como las que se ofrecen a la luz de las vidrieras en las criptas y en las catedrales de la Edad Media; grifos heráldicos y gigantes esqueletos de caprichosos paquidermos; enanos y esfinges, escondidos y acurrucados a los pies de monstruos más pequeños; y, en fin, cuanto una imaginación descompuesta ha visto pasar en una de esas grandes danzas macabras del pasado. La Hermana de la Caridad nos hizo notar un detalle originalísimo; en una de las entradas de la segunda galería que visitamos, y sobre una balaustrada que se asemejaba a un trozo de la escalera de los Gigantes del palacio ducal de Venecia, había un pequeño elefante tan perfectamente diseñado, que se le podían tocar las fauces y los colmillos; caídas las orejas, echado como un animal heráldico sobre sus patas delanteras, parecía la imagen de la meditación, el símbolo del reposo, la viva encarnación del nirvana indio.

La gruta en cuestión tiene varios departamentos, formados, como hemos dicho, de estalactitas y estalagmitas, producto de la filtración de las aguas



bicarbonatadas, que van depositando su producto lentamente en aquellas cavidades.

Sin embargo, a juzgar por el estado del suelo, se ve la huella del trabajo humano para hacerla habitable, y es opinión general que ha sido en alguna época guarida de bandoleros. Su especial situación y las condiciones de seguridad que pudo ofrecer en momentos dados, robustecen ese aserto.



Luego que recorrimos los principales departamentos de la gruta de la Candelaria, y quemamos las últimas bengalas en sus crujías, cuevas y laberintos, volvimos por las mismas galerías y rotondas, sintiendo sobre nuestras ropas una capa de corpúsculos de agua cernida por aquellos techos, y precedidos por un heraldo de alas negras y puntiagudas, un soberbio

murciélago. Fueron apagándose las velas poco a poco, cerró el rústico cancerbero la enorme reja de hierro de aquel antro, que volvió a quedar obscuro y solitario, y después, montando en nuestros burros, emprendimos el retorno a Carratraca cuando el sol había ya traspuesto el Caparain, y las sombras de las cabalgaduras, prolongándose por las laderas, convertían la cabalgata humilde de asnos en original caravana de zancudos, girafas y camellos.

11

BENITO MAS Y PRAT.

Carratraca, 1º de Agosto de 1888”.

Aquí termino la reproducción del artículo de nuestro paisano Mas y Prat. La realidad que describe el mismo, puede ser comprobada en la bibliografía que hoy existe sobre Gobantes y Carratraca, demostrándonos que la pluma del insigne escritor ecijano, era de una calidad impresionante y que hace la lectura del artículo, amena y comprensible, para satisfacción de sus lectores como yo y, a través mía, ustedes. Que lo disfruten y compartan en este verano.